

Ernesto Livacic Gazzano ha vivido 42 de sus 64 años haciendo clases de castellano. Ha visto pasar frente a sí a miles y miles de niños y jóvenes. Esa experiencia, ganada en colegios y universidades, y reconocida en septiembre cuando se le concedió el Premio Nacional de Ciencias de la Educación, estruena profundamente con su certeza de que educar es innovar, de que si ello no se plasma en las nuevas generaciones, no vendrá el mejor de los futuros. Pero su opción intelectual habla también de la estabilidad, de lo importante que es conservar ciertos criterios humanizadores —años más fuertes—, que ayuden al hombre de hoy a superar esa pasividad con que se enfrenta a la atractiva oferta de una tecnología de cambio tan innovador como legítimo; criterios capaces de tenderle una mano para recobrar la poesía perdida, que le abran espacios al tiempo éter que se va inevitablemente en el gomo instantáneo y que es tan necesario para un razonar crítico. No, Livacic no ataca el progreso tecnológico, pero le inquieta ver cómo puede disminuir la capacidad del hombre de vivir aprehensivamente sus experiencias. Y como en eso la educación es crucial y él es esencialmente un profesor, aquí está el sustento de sus ideas, su mensaje de alerta.

—¿Comparte usted el criterio de que estos no son tiempos humanistas?
—Todos los tiempos entran con el humanismo. El hombre es el centro de la historia, su sujeto. Si así no fuera, la historia no tendría sentido. Yo comprendo que se pase por distintas modalidades, que haya momentos difíciles, atibolados que puedan aparecer con gran vigencia, pero de allí a que no haya lugar en un tiempo determinado para el humanismo, no lo concuerdo acido. Todo lo que atente contra la visión del hombre, todo lo que vaya a favor de otros, aquí está el criterio de que se va a ver al hombre como una entidad manifiesta, cotidianidad y no de lugar a la aforación de las personalidades propias, todo eso es antihumanista. Ahora, la visión del hombre siempre está amenazada, pero a ella no se puede renunciar.

—O sea que usted no vería ésta como una época de crisis.
—Yo creo que hay elementos que ciertamente atentan contra la humanización de la vida y quizás no mayor cuota de peligrosidad esté en que se manifiestan a través de elementos que no resulta fácil advertir.

—Por ejemplo...
—Por ejemplo, todos los medios que tenemos hoy a nuestro alcance para facilitar una serie de tareas. Parecería que están al servicio de una mejor aprovechamiento del tiempo y la capacidad del hombre, al posibilitar un esfuerzo menor que el tradicional para lograr ciertas cosas. Y sin embargo, al cabo de cierto tiempo, en muchas personas se advierte que eso a pesar de ser un factor casi de esclavitud, casi de subhumanización. El hombre pasa a depender de esos elementos en vez de conservar o aumentar su señorío sobre la naturaleza. Y hablo de ciertas formas de consumo, ciertas formas de progreso tecnológico, ciertas formas de comunicación que significan un exceso de pasividad por parte del receptor del mensaje; por ejemplo, todas aquellas que se realizan sin ejercer suficientemente la razón crítica, el sentido crítico. Pero yo no creo que ningún medio de por sí contribuya a la deshumanización; si cómo se lo utiliza.

—¿Y en qué expresiones concretas ve usted eso hoy en día?
—Eso es atestado si pueden ver por ejemplo en programas que propicien una actitud meramente hedonística de la vida, o que la felicidad sólo está en el triunfo y que el triunfo se logra mediante la agresividad, imponiéndose a los otros, promoviendo al que "no es querido", con cierta caricaturización de los valores de la soltería, de la paz, de la actividad. Todos estos son ele-



Ernesto Livacic Gazzano

G. 2-A

La precariedad de la cultura

CARLOS ALDUNATE B.

Que el hombre salve los espacios del amor y de los sueños es una tarea crucial para este profesor distinguido con el Premio Nacional de Ciencias de la Educación 1993. Y lo va a lograr, añade, siempre que se decida a quitarle tiempo al influjo embriagador de la tecnología y a entregárselo a actividades del espíritu, la lectura, por ejemplo, porque los hombres de letras, dice, tienen más posibilidades de reaccionar a la deshumanización.

mentos que pueden ir carcomiendo esta tradición humanizadora.

—Pareciera que estos elementos se prolongan en el tiempo y que no hubiera fuerza capaz de contrarrestarla. ¿Es posible detenerlos?
—No entendamos que sería mejor que no hubiera estas formas de progreso, sería absurdo negarse a que el hombre dispusiera de ellas. Lo que hay que crear, y allí ya hay un papel para la educación, es una actitud de adecuada utilización de ese progreso. O sea, no es el progreso en sí el que produce el conflicto, sino la persona que no lo sabe utilizar adecuadamente.

—¿Las personas deberían desarrollar algún tipo de defensas?
—Más bien un sentido crítico, una capacidad de buen discernimiento, el jugar siempre las cosas a la luz de criterios más elevados, no dejarse llevar simplemente por las satisfacciones de corto plazo sin apreciar las consecuencias de cada una de las opciones que tomamos. En el fondo, se trata de un cierto autocontrol personal en

las decisiones, autocontrol que debería enseñarse en todas las edades.

—¿Tienen futuro los hombres de letras?
—Lo tendrán en la medida que sean hombres con formación general. Si las letras consisten en saberse catálogos de fechas, de obras, de autores o de momentos con un sentido paracrítico enciclopédico o museológico, evidentemente que no; pero si las letras me enseñan a llegar a través de la palabra al pensamiento, a la reflexión sobre lo que otros nos han entregado y a la producción de mi propio pensamiento, sí, duda que tienen porvenir. Y diría más: frente a la deshumanización que se advierte hoy, los hombres de letras tienen más posibilidades de reaccionar que los de otras áreas.

—¿Cuál es esa capacidad de reacción?
—Surge en la medida que rescato lo que es verdaderamente humano frente a la tecnología, que es uno de los grandes ídolos de nuestro tiempo. Hay muchas cosas en que la tecnología puede ayudar a hacer con

economía de tiempo, con menos costos físicos, a lo mejor incluso con mayor seguridad, pero hay otras formas aparentemente nuevas resistentes que ningún elemento tecnológico me va a proporcionar, un verbo, un sentimiento, un poema...

—Pero ya casi nadie lee poemas!
—Eso es un problema, porque cuando llega el momento en que la poesía no forma parte de la vida, en que todo es prosa y la prosa llevada a sus pocas expresiones es prosaísmo, o sea el ríspido, la rutina de la vida... Y no me interesa la poesía en cuanto verso, sino en cuanto modo de ver la rigurosidad alrededor, de belleza creativa. Eso no lo produce ninguna máquina.

—¿Y dónde se conserva esa poesía?
—Fundamentalmente en la subjetividad. Si yo me dejo confundir, si yo simplemente introduzco elementos de pragmatismo, de materialismo, de rutina, de uniformidad en mi ambiente, estoy cerrando los caminos a la poesía. Debemos salvar los espacios del amor, de los sueños, lo que no significa condonar el progreso, pero sí encaminarlo al servicio del hombre.

—¿Imagino un mundo sin libros?
—La verdad es que mi imaginación no llega a tanto. Yo creo que nunca se van a acabar los libros, aunque puede ser que el objeto libro en la forma que estamos acostumbrados a verlo, se convenga de otro modo. Yo veo el libro como contenido creativo. La lectura puede ser posible a través de otras formas de evocar la palabra.

—De hecho, usted no cree en el resplandor de la cultura escrita por la imagen.

—No, cada una de ellas tiene su encanto y cada una requiere de una actitud distinta de quien las usa. Siempre vamos a necesitar gente que se alimente espiritualmente de la lectura y que lo haga con la actitud adecuada.

—¿Y cuál es esa actitud adecuada?
—Desde luego concentración, un ambiente de silencio, sin interferencias, sin prisa para poder detenerse cuando comienza a detenerse, para pensar cuando comienza a pensar, para volver atrás cuando sea necesario. Y todo esto supone una actitud muy activa, no un simple depositar en nuestro interior lo que los signos leídos van entregando. Debe haber mucha firmeza en la selección, en la discriminación, en el análisis de los conceptos. Esa actitud es fundamental y yo creo que la dificultad que mucha gente siente para cultivarla, está en que no se haga tiempo para leer.

—No hay tiempo, pero además pareciera que la oferta de los otros medios fuera más atractiva.

—Puesno, pero está también lo que uno puede establecer como marco de conducta en este sentido. Si, yo creo que el tiempo se nos hace escaso muchas veces, pero también muchas veces agotamos la propia vida sin dejarnos los espacios y el tiempo necesario para cultivar este tipo de hábitos. Mucha gente podría, sin desatender las cosas que le correspondan hacer, dedicar mayor tiempo y mayor calidad de concentración para una lectura provechosa.

—Otro de los aspectos es que en la medida que la gente no lee, habla peor. ¿Cuál es su análisis?
—No cabe duda. Ahora, para mi el hablar mal está relacionado fundamentalmente con la riqueza o pobreza del léxico que se posea. No es tanto el asunto de la pronunciación, ni la ortografía, pero sí me inquieta el vocabulario, porque detrás está la riqueza de conceptos. Cuando se habla con 400 palabras, como se ha dicho que es nuestro léxico medio, es evidente que no puede haber mucho bagaje intelectual detrás. Y eso está muy en relación con lo que consentíamos recibir: la lectura es vital. Y no necesariamente la lectura *per se*, sino una lectura atenta, con un diccionario al lado, algo que muchos consideran aburrido. Por supuesto que requiere tiempo y paciencia, que es lento, pero cuando uno ve que en la universidad los estudiantes lo interrumpen para preguntarle por el significado de una palabra que acaba de emplear, y que no es rebalsada ni pertenece a nin-

AUTORÍA

Autor secundario:Aldunate B., Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La precariedad de la cultura [artículo] Carlos Aldunate B. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile